

de la Iglesia de que fué el móvil, como también el fenómeno mas incomprendible de su siglo, la perfeccion de sus escritos, obra maestra en un tiempo bárbaro, que le han hecho llamar, al parecer como con exclusion

de los tiempos sucesivos, el último Padre de la Iglesia, le pintan con tales colores que no se haria mas que debilitarlos si se les quisiese añadir algo de nuevo.

### LIBRO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO.

Desde la muerte de San Bernardo en el año 1153, hasta el tercer

Concilio general de Letran en el de 1179.

LA muerte de un Pontífice como Eugenio III, y la de San Bernardo acaecida por el propio tiempo, dejaron en la Iglesia tal vacío, que si al pronto causó un sentimiento general y confuso, no se tardó mucho tiempo en percibir de una manera clara y distinta las justas razones que habia para ese llanto universal. Se conoció principalmente la necesidad que habia de la mediacion y del ascendiente de Bernardo sobre el espíritu de los pueblos y de los reyes en las guerras cismáticas que volvieron á comenzar muy luego á trastornar la Alemania y la Italia, y en las tristes disputas que se suscitaron entre el primado y el rey de Inglaterra.

El Papa Anastasio IV, anciano de grande experiencia y de insigne virtud, vivió harto poco para que la Iglesia pudiese recoger los frutos que de él tenia derecho á esperar. Sin embargo, durante su pontificado, que no duró año y medio, restableció en la Silla de York á Guillermo, sobrino del rey de Inglaterra, prelado de costumbres muy puras, de una dulzura admirable, de una liberalidad sin limites para con los pobres, y que no

obstante esto habia sido depuesto en el Concilio celebrado en Reims el año de 1148. Acusáronle en él y convencieronle de no haber sido elegido libremente, sino que habia sido nombrado por el rey antes de su eleccion. Sufrió esta humillacion sin quejarse de nadie, sin dar oídos á las sugestiones de los que procuraban alentarle contra sus adversarios, y se retiró á un pais distante del tumulto del siglo, donde se ocupó solamente en la oracion y en los ejercicios de la penitencia (1). Uno de los que juzgaban que no debian deponerle fué el cardenal Conrado; y habiendo llegado á ser Pontífice con el nombre de Anastasio, y habiendo muerto Enrique Murdas, elevado á la Silla de York, Guillermo, sin quejarse de la sentencia fulminada contra él, se dirigió á Roma implorando misericordia. Le restableció el nuevo Papa en su dignidad, de acuerdo con los cardenales, y le concedió el palio de que hasta entonces habia carecido; mas apenas regresó á su diócesis, le acometió

(1) Bolland. 8 Jun. t. 10.

una enfermedad de la que predijo que no saldría. Además señaló á sus domésticos el dia de su muerte, despreció los ausilios inútiles de la medicina, y murió en el dia indicado 8 de junio, el mismo en que la Iglesia honra su memoria desde que le canonizó el Papa Honorio III en 1225. La traslacion de su cuerpo efectuada despues de un siglo fué acompañada de muchos milagros.

En el mismo año de su muerte (1154) murió también el rey Esteban su tio. Enrique Plantagenet de la casa de Anjou, cuya madre fué Matilde, hija del rey Enrique I, el cual era ya duque de Normandía, fué en fin coronado rey de Inglaterra en 19 de diciembre del mismo año. Habia casado con la famosa Leonor, duquesa de Aquitania, despues que se separó del rey Luis el joven. Poseyendo de este modo por su madre el reino de Inglaterra y el ducado de Normandía, por Godofredo su padre los condados de Anjou, de Turena y del Maine, y por parte de su esposa el ducado de Aquitania con el condado de Poitou, se halló el mas poderoso de los príncipes cristianos. Esta circunstancia no pudo sin embargo ponerle á cubierto de los reveses, de las guerras civiles y de todo género de aflicciones, siendo una de las mas sensibles haber encontrado aduladores que creyeron ganar su gracia viniendo á ser verdugos de un santo.

El rey Enrique, segundo de este nombre, poco tiempo despues de su advenimiento á la corona, escribió al Papa Adriano IV, que habia sucedido á Anastasio algunos dias antes de la coronacion de Enrique, es decir, en 5 de diciembre de 1154. Adriano, que antes se llamaba Nicolás Brekspeire, esto es, Rompe-lanzas, nació en Inglaterra, de humilde familia, y el rey al cumplimentarle por su elevacion, felicitó á la nacion por haber producido en su suelo una tierna planta que

trasplantada habia llegado á ser un árbol tan grande y fértil. Pidióle al mismo tiempo el permiso de hacerse dueño de Irlanda (1) para restablecer en ella el cristianismo en toda su pureza; lo que le concedió el nuevo Papa, fundado en que todas las islas que habian recibido la fé cristiana pertenecian á la Iglesia romana, como lo expresa la bula. El Pontífice, en señal de investidura, envió al rey un anillo de oro adornado de esmeraldas que se guardó en los archivos.

Adriano era hijo de un notario llamado Roberto, que se hizo monge de San Albano, y el mismo Adriano en sus primeros años subsistió algun tiempo de las limosnas de aquel monasterio; pero creciendo con la edad y con las instrucciones paternas el espíritu y los sentimientos, se avergonzó de esta dependencia, pasó el mar, y penetró al Mediodia de la Francia hasta San Rufo, monasterio famoso de canónigos regulares cerca de Aviñon. Como su aspecto era hermoso, su carácter amable, su espíritu vivo, lleno de inteligencia, y al mismo tiempo de reserva y de juicio, encantó á toda la comunidad y esta le propuso tomar el hábito. Vivió muchos años entre estos religiosos, señalándose por su regularidad y por su aplicacion á las ciencias y á la elocuencia, en la que hizo muchos progresos. En fin de tal modo se grangeó la estimacion de todos, que habiendo muerto el abad le nombraron para sucederle.

Pero este afecto no fué duradero: el capricho de sus compañeros llegó tan adelante, que se quejaron contra él al Papa Eugenio. Esta primera tentativa no produjo mas que una reconciliacion paliada y poco durable; pero importunado el Papa segunda vez de las quejas de los canónigos, les dijo: «Id con Dios, y elegid un abad con el cual po-

(1) Petr. Bl. Ep. 168.

dais vivir: por lo que toca al que os es tan gravoso, á mí me será útil.» Despachólos de este modo, y retuvo consigo á Nicolás para que le ayudase en el gobierno de la Iglesia, á cuyo fin le hizo cardenal y obispo de Albano. Despues le confirió la legacion de Noruega, en la cual se dedicó con celo infatigable á hacer verdaderos cristianos aquellos pueblos todavía muy bárbaros. A su regreso fué elevado á la Silla apostólica en el dia siguiente al de la muerte de Anastasio.

Hallábase en Roma Arnaldo de Brescia, donde sostenido siempre por ciudadanos poderosos, y principalmente por los senadores, continuaba sus invectivas sediciosas contra el clero. Inflamados sin cesar por este entusiasta algunos de sus partidarios, se arrojaron sobre el cardenal Gerardo, que iba á visitar al Pontífice, y le hirieron gravemente. En castigo de este crimen se puso entredicho en la ciudad de Roma, suspendiéndose los oficios divinos, hasta que los senadores, obligados por el pueblo, se presentaron al Papa y le juraron sobre los Evangelios que arrojarían á Arnaldo y á sus secuaces. En efecto, fueron desterrados, y por consiguiente levantado el entredicho. Entonces el Sumo Pontífice salió de la ciudad Leonina, donde habia permanecido desde su consagración, atravesó por medio de Roma con un séquito numeroso de cardenales, obispos y nobleza, y fué á establecerse en el palacio de Letran con gran regocijo del pueblo.

Poco tiempo despues supo el Papa que el rey Federico marchaba á Roma con mucha diligencia. Este príncipe, aunque estaba dotado de buenas cualidades, tenia una ambicion desmesurada con las preocupaciones consiguientes á esta pasion. Su quimérica idea era creerse el sucesor de los Césares y querer á su ejemplo tratar á todos los príncipes de la tierra como sus lugartenientes

ó vasallos. Descaba principalmente subyugar la Italia, que él miraba como patrimonio de los emperadores y que aun en su decadencia era todavía la mas rica porción de su imperio (1). Como Federico se hallaba al frente de un ejército numeroso y habia cometido muchas hostilidades en Lombardía antes de hacerse coronar por rey, temia Adriano que fuese á Roma con miras de conquista, y temialo con tanta mas razon cuanto que Federico tenia consigo á Arnaldo de Brescia, al que algunos señores de la Campania habian libertado poco tiempo antes de las manos de las gentes del Papa y remitido al rey (2). El Papa juntó su concilio, envió tres cardenales al encuentro de aquel príncipe, y les prescribió los artículos segun los cuales debian tratar. No dejaron de reclamar el revoltoso sectario, y el rey se le entregó desde luego, dándoles por otra parte una acogida que disipó enteramente sus temores.

Despues de otras muchas seguridades que el Papa creyó debia exigir además de estas, salió de Citá-di-Castello, fortaleza reputada por inespugnable, en la cual se habia ya encerrado, y fué á encontrar al rey en su campamento, cerca de Viterbo. De allí pasaron uno y otro á Roma. Al dia siguiente de su llegada, 18 de junio de 1155, recibió Federico solemnemente de manos del Papa la corona imperial. La ceremonia se hizo pacíficamente á pesar del descontento de los romanos, cuyo consentimiento no se habia esperado; mas habiéndose retirado el emperador á su campamento bajo los muros de la ciudad, los descontentos salieron del castillo de Sant-Angelo, de que se habian apoderado, se arrojaron sobre algunos alemanes que quedaron en San Pedro, y los asesinaron en la misma iglesia. Acudió el emperador con sus tropas. Los romanos se

(1) *Art de verifier les dates.*

(2) *Othon, lib. 2.*

atreveron á sostener el combate, y perecieron en él cerca de mil, sin contar doscientos prisioneros, cuya libertad solicitó y obtuvo el Pontífice.

Fomentaba la rebelion de los romanos Guillermo, rey de Sicilia, por sobrenombre el Malo, que en el año anterior habia sucedido á su padre Rogério. El nuevo rey estaba irritado contra el Papa Adriano por haberle negado la confirmacion de la dignidad Real y escitado al emperador Federico á que le hiciese la guerra; pero obligado Federico á emprender la ruta de Alemania por causa de los calores del estío y de las enfermedades que se introdujeron en el ejército imperial, invadió Guillermo las tierras de la Iglesia romana y tomó muchas plazas en la Campania. En fin, habiendo ido el Papa á Benevento, donde Guillermo fué á sitiarse, reconoció á este por rey de Sicilia, y convino, con respecto al régimen eclesiástico, en diferentes artículos que muchos cardenales que le acompañaban tuvieron por poco honrosos á la Santa Sede. El rey por su parte prometió pagar el tributo anual, conforme lo habian practicado sus predecesores, y en compensación del reino de Sicilia dió al Papa el ducado de la Pulla, el principado de Cápua y todas sus dependencias. Estos tratados recíprocos del Papa y del rey tienen la fecha del mes de junio de 1156.

Durante las turbulencias que les precedieron, un varon de Dios llamado Guillermo, libre de las pasiones é inquietudes que agitaban al mismo clero, despues de haber mudado muchas veces de domicilio, fué á establecerse en Toscana en las inmediaciones de Sena, en un valle estéril llamado por esta causa Malavalle (1). Vivió allí diez y ocho meses, mas bien como ángel que como hombre, y dejó en su muerte grande opinion de santidad (1157). Un jóven llamado

Alberto habia ido desde luego á alistarse por su discípulo. Despues de su muerte, Reinaldo se reunió á Alberto é imitaronle otros muchos, los cuales formaron poco á poco una congregacion de solitarios llamados guilleminos, bajo la regla de San Benito. Venera la Iglesia la memoria de San Guillermo de Malavalle en el dia de su muerte 10 de febrero. Como se ignora el pais donde nació y aun la mayor parte de su vida que varios escritores han interpolado con muchas fábulas, se le ha confundido algunas veces con Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitiers, muerto en Compostela. Ha llegado la falta de crítica hasta confundirle con Guillermo, duque de Aquitania en el reinado de Carlo-Magno y fundador del monasterio de Gellona ó San Guillen del desierto en el territorio de Lodeva.

Floreció por el propio tiempo Santa Isabel de Schonauge ó Bellavista, llamada así del sitio del monasterio á donde se retiró en la diócesis de Tréveris (1). Fué favorecida como Santa Hildegarda, á quien profesaba estrecha amistad, con éxtasis, revelaciones y otras muchas gracias sobrenaturales y extraordinarias á la vida comun. En su tiempo se descubrieron en Colonia muchos sepulcros, cuyas inscripciones decian ser los de Santa Ursula y de sus compañeras, veneradas en aquella ciudad por espacio á lo menos de trescientos años. Temiendo Gerlac, abad de Duits, que los mismos que hicieron el descubrimiento de estos cuerpos santos hubiesen hecho las inscripciones, comunicó las principales á Isabel con la esperanza de que Dios la favoreciese con alguna nueva revelacion acerca de ellas. Muy verosimil es que la Santa, temiendo tentar al Señor, no pidió ni obtuvo luces milagrosas para un género de descubrimientos que solo deben examinarse por medio de la

(1) *Bolland. 10 Februar. t. 4.*

(1) *Bolland. 18 jun. t. 21.*

historia y de la crítica según las reglas del arte y los principios de la razón. No sabemos en todo caso cuál fué verdaderamente su respuesta á las preguntas de Gerlac pertenecientes á Santa Ursula y á sus compañeras. Mas en cuanto á la historia de estas mártires, según la hallamos en el libro cuarto de las obras de Isabel de Schonauge, no solo parece supuesta, sino que es insostenible y á las claras fabulosa. Hállanse en ella Papas y soberanos que nunca existieron, y hechos contrarios á las historias y á los monumentos mas auténticos. Por tanto no se puede dudar que esta parte del libro cuarto, que nada tiene del tono de sabiduría de los tres primeros, fué añadido poco después que estos fueron publicados, pues fué el tiempo en que reinaba principalmente el gusto indiscreto de los descubrimientos y multiplicaciones de reliquias.

El día de Navidad del año 1156, contado, según costumbre del país, por el primer día del año siguiente, Pedro el Venerable, abad de Cluny, terminó su larga y honrosa carrera. En el espacio de treinta y cuatro años que llevaba al frente de su congregación, sostuvo su honor y su reputación en todas las provincias de la cristiandad. Compartió siempre con San Bernardo y con el abad Suger la superioridad del mérito y la celebridad sobre los hombres grandes sus contemporáneos. Sus cualidades, aunque no tan brillantes como las de sus dos émulos, no eran menos sólidas; y los Gefes de la Iglesia las emplearon muchas veces con igual éxito en el desempeño de los negocios de mas importancia. En las negociaciones delicadas que le confiaron mostró prudencia y aun destreza, pero sin doblez ni afectación. Grangeándose la confianza con los atractivos de su candor y de su dulzura, nunca afeó su conducta con una débil condescendencia ó con una simplicidad imprudente.

No se distinguió menos por su doctrina que por su arte en ganarse los corazones. Su tratado de la Divinidad de Jesucristo, probada por las palabras mismas de este Dios hecho Hombre; otro contra los judíos, y el que refuta los errores de Pedro de Bruis, le acreditan con razón por uno de los doctores mas grandes de su tiempo. Aunque sus razonamientos no tienen el fuego y el vigor de San Bernardo, propone y desenvuelve poco á poco sus pruebas de un modo que no subyuga los espíritus con el mismo imperio, pero logra igual persuasión en aquellos que no se cansan de seguirle. Su estilo es ordinariamente limpio y correcto, sobre todo en sus cartas, que se han conservado en número de cerca de doscientas, y muestran un discernimiento y un juicio propio de su rara prudencia. En un viaje que hizo á España compró muy cara una traducción del Corán y de un escrito árabe contra el mahometismo, y de él se sirvió para componer en cinco libros una refutación de la ley musulmana, refutación que no ha llegado á nuestros días.

En el mismo año en que murió Pedro el Venerable, concluyó la última obra Otton de Frisinga, compuesta bajo el título de *Historia del Emperador Federico*. Acabando en 1156 los dos libros que tenemos de Otton no contienen mas que los tres ó cuatro primeros años de un reinado de 58. Radevic su discípulo, canónigo de Frisinga, añadió á ellos una continuación sumamente difusa que no contiene mas que los cuatro años siguientes y termina en el año 1160. Otton habia dado antes una *Crónica* que comienza desde la creación del mundo y acaba en 1146; esta obra, que puede ser de alguna utilidad, á pesar de las fábulas de que está llena, fué continuada hasta 1210 por Otton de San Blas. El libro VIII, que el obispo de Frisinga habia unido á su *Crónica*, es un tratado del fin del mun-

do. De este modo tenemos, á lo menos por lo perteneciente á los sucesos de su tiempo, un testigo de toda escepcion, de una rectitud y de un discernimiento dignos de su cuna, y á quien su elevado rango le puso en estado de instruirse perfectamente en todos los acontecimientos relativos al orden público; solo si que para explicar algunos pasajes de su *Historia* es necesario tener presente que era nieto del famoso Enrique IV. Su padre fué Leopoldo IV, marqués de Austria, contado en el número de los Santos; era hermano uterino del rey Conrado, y tío como él del emperador Federico. Obligóle su gran piedad á abrazar la vida regular en el Cister: fué abad de Morimond, de donde le sacó el rey su hermano para hacerle obispo de Frisinga y le llevó después consigo á Tierra Santa. Gobernó su diócesis por espacio de veinte años enteros con toda la edificación que podia esperarse de un príncipe que se habia consagrado al Señor con la intención mas pura, y para quien el fausto de la corte llegó á ser tan extraño, que no quiso dejar en el obispado el hábito monástico. Murió en su abadía de Morimond, al volver del Capitulo del Cister, cuyo espíritu conservó siempre del mismo modo que el hábito. No le faltó no obstante de qué arrepentirse, y antes de espirar formó escrúpulo de haber culpado en otro tiempo á San Bernardo de preocupación contra Gilberto Porretano, y de haber defendido la persona de Gilberto, de quien habia sido discípulo, y aun defendídole con tanto calor que hizo sospechar que favorecía sus opiniones. Protestó que queria morir en la fé católica, del modo que Roma y la Iglesia universal la profesan, y entregó sus obras á hombres doctos y piadosos, á fin de que corrigiesen lo sospechoso que pudiera habersele escapado. Después de esta declaración recibió el Viático, y murió en medio de una multitud de abades y de obis-

pos, atraídos por el respeto debido á su nacimiento y á su mérito (1158).

Fuó esta una desgracia para Federico su sobrino, pues quedó privado de los consejos de un prelado tan religioso y tan sabio, en visperas de las funestas desavenencias de este emperador con los Papas. Estando Federico en Borgoña para tener allí su corte, recibió por medio de unos legados romanos cartas de Adriano cuyo objeto era el siguiente (1). Al regresar de Roma el arzobispo de Lunden, habia sido atacado, así como su comitiva, por algunos impíos quienes después de haberles robado los habian metido presos. Habia ocurrido esto en los dominios del emperador y allí continuaba detenido el arzobispo sin que Federico hubiese castigado á los autores del crimen. Sin embargo, esta atrocidad no os es desconocida (así le escribia el Papa). Pero en vez de usar de la espada que habeis recibido de Dios para castigar á los malos, se dice que habeis disimulado y desatendeis vuestro deber hasta el punto de que los que han tenido la osadía de cometer ese inaudito atentado ni siquiera tienen que temer arrepentirse de él. No concebimos la razón de semejante conducta, porque nuestra conciencia no nos arguye de haberos ofendido en nada; nos dice antes bien que siempre os hemos amado como á hijo querido nuestro y tratádoos como á un príncipe que sabemos ser por la gracia de Dios sólidamente adicto á la fé Apostólica. Debeis recordar y tener presente el placer con que vuestra madre la Santa Iglesia romana os recibió el año pasado, el afecto os manifestó, la plenitud de honor y dignidad que os atribuyó, y cómo al conferir os de tan buena gana la insignia de la corona imperial, cuidó de fomentar también en su benéfico seno vuestra sublime elevación, y

(1) Labb. t. 10, p. 1144 et seq.